

LA POESIA Y SU ESPACIO

Carmen Naranjo
30 de julio de 1999

La palabra cruza el espacio como un relámpago. A veces se desecha porque se cree que no es el momento o no hay oportunidad de profundizar su contenido. Vuelve, insiste, se va fermentando y exige una atención exclusiva en el tiempo que no siempre está libre y sin compromisos exigentes de presencia en otra parte. Entonces se repite con la fuerza de la gota de agua que perfora la piedra. Sin recurrir al sonsonete sostenido de la cigarrera se hace voz en busca del canto y ya no hay forma posible de acallarla. Su exigencia es la de una persona desnuda en la nieve que busca desesperada un refugio que alivie su frío de aislamiento sordo y de imperio sobre la necesidad de resolver su precario estado de abandono. Es de tal envergadura su demanda que domina por completo y plantea la decisión absoluta de atenderla y meterse en su mundo. Resulta un verbo en su modalidad imperativa cuya única puerta abierta es la atención inmediata, el abandono total de cualquier tarea o compromiso. Quizás por eso sea tan incomprendido el acto de dejar

atrás cualquier atadura que nos rodea, desenlavar lo que libera de lo cotidiano y escondernos en el silencio que convierte en luz lo oscuro. No hay otra alternativa entre ahogarse de congestiones internas o nadar hacia una orilla desconocida que tal vez sólo exista en un rincón de la mente.

El relámpago que ilumina la palabra no viene solo, trae una cadena de sensaciones maduras en la memoria, apunto de estallar pues sus sentidos son fermentos de hervores que repercutieron en los ojos con sensaciones de colores que huelen y saben, que tocan y escalofrían, que sudan y desafían, que cantan sobre un silencio ruidoso, que tienen más vida que el papel blanco que rodea la cabeza y el temblor de la mano vinculada a su expresión gráfica. El hermetismo en su sentido más amplio y metafórico abre ventanas en busca del aire que mueva montañas y árboles, que pinte caras olvidadas en la lluvia de efluvios y de aromas acuarelas que nunca antes se habían hecho realidad en la penumbra alborada que orienta reencuentros y descubrimientos en calles sin salida.

Además, tiene antecedentes que juegan con el tiempo porque no es ayer ni hoy, no es presente ni el pasado, no es mañana ni el día inesperado, no es el futuro ni el augurio que avanza como un presentimiento, no es el compás ni el repique, no es la campanada ni el anuncio, no juega a inauguraciones o clausuras, no establece líneas o pautas, no se repite ni se acaba, sólo se da en una interminable cadencia que permite desahinamientos armoniosos y toques con brillos estridentes que delatan imperfecciones de impotencia v virtualismo de arlañosos úntiz... mos y solitarios. Todo eso se puede figurar en un reloj sin carátula, sin manecillas, ni cuerda, ni timbres, carente de números y contabilidades de tiempo, un simple reloj sin horas ni minutos con cara de caníbal dispuesto a devorar el concepto corriente y vulgar en que encerramos la vida.

Y esos antecedentes que se iluminan arbitrariamente tienen sus orígenes bien conocidos: el amor con sus sombras gratas e ingratas, con sus períodos fértiles e infértiles, con sus cosechas de semillas o de cizañas, con sus cam-



pos de crecimiento o de encogidas torpezas, con sus crecientes noblezas o su exceso de mezquindades, con su amplitud de generosos gestos o su limitación de avariciosos inventarios. Pero no sólo cabe el amor con sus contradictorios signos, también aparecen el odio y los odios con su escuela de rechazos y de su variada escala que repunta decisiones envidiosas de una amplia libertad y de un libre albedrío sin la acústica de culpas y de miedos a las revanchas. Asimismo figuran todos los oficios del sentir y del pensar envueltos en circunstancias, rabietas, explosión de sensibilidades, historias personales o colectivas, misticismos de vocaciones y compromisos, de existencias oscilantes entre el goce y la agonía, de sensaciones que son descubrimientos originales y cálidos en la versión eterna de que cada niño aporta su inocencia en el juego cruel en que la pierde para que la malicia señoree su victoria.

Así, en ese saco en que cabe todo, en esa rueda de la fortuna que depara instantes permanentes, en ese afán interminable de la

creación evolutiva siempre mirando lo perfecto imperfecto, tiene su espacio la poesía. Es un campo infinito en sus posibilidades de fertilidad, en su invitación eterna al perfil en que canta el silencio, en su desafío a expresar lo inexpresable, en su intento de ocultar la anécdota para que brille el esplendor del incierto eterno, en ese espejo que da rostro y cuerpo a la voz que habita en la mudez de las cosas y del grito, en esa realidad de las manos torpes que esculpen el aliento escabroso de la excelencia.

Ese espacio de dimensiones infinitas empieza con la voz que escribe, sigue con la voz que se lee a sí misma en voz alta para sintonizar que los acentos coincidan en armonías, en imágenes vivas y perennes, en acrobacias inmóviles con un contenido profundo y contagioso que se sienta presente en la movilidad del tiempo. Sin ser pretenciosamente trascendental la sencillez depura todo el lenguaje innecesario, sólo adjetiva la esencia esquelética de la legitimidad que fotografía sin concesión alguna lo auténtico. El espacio rechaza la mentira, la declara non grata, desaloja las explicaciones, aniquila los adornos y respeta el barroquismo de un sentimiento legítimo que florece en el subterráneo de las raíces.

Y ese oído que se oye a sí mismo necesita otro: el consejero amigo y crítico que descubre las verdades escritas y señala carencias, excesos, defectos y tantas otras cosas que involuntariamente encierra lo dicho y lo escrito. Como si fuera poco ese ejercicio tortuoso y torturante de lo que se pretende y con escasez se logra,

en el laberinto sin salida se recurre al oído corriente que no sabe de poesía ni se interesa en eso tan personal que se llama estilo, pero que se sorprende con esa voz que desencadena una nota aguda en su memoria de trances que entremezclaron penas y alegrías. A lo mejor no hay respuestas con palabras doctas ni cotidianas, pero se siente o no se siente esa vibración iluminada con aproximaciones a la cercanía humana que resuena en una sonrisa o en un apretón de manos o logra su expresión máxima en un abrazo tímido pero lleno de ese virus que contagia la plenitud del reconocimiento en ese albur siempre negado de las igualdades.

La voz se guarda, lo escrito se engaveta, las apariencias acomodan las circunstancias de no haber pasado nada; ni dije ni me escucharon, no escribí ni me leyeron, para incorporamos de lleno al quehacer diario que tanto nos justifica con los demás y abandonar los devaneos en soledades de silencios y sonidos que tanto nos devalúan en una sociedad que sólo atiende las mayúsculas de los ruidos estériles. Pero suena el teléfono, se oye una solicitud para una demanda muy simple: hay un espacio vacío que se puede rellenar con uno de tus poemas. Ya admitido el requerimiento te convierten en autora intermitente y ocasional de suplementos y revistas culturales, que casi siempre, son un intento de primer y último número.

Pero se ha nacido rebelde y la voz dulce se torna violenta y exigente. Hay suficiente material para un libro que es una invitación a romper de manera absoluta con

el añadido a la imagen real que devuelve el espejo, a otro nombre que no sea el que nos dio la energía creadora de cuanto hay y fue en este mundo, a salir de la cárcel de la apariencia en persecución de lo que se niega en los credos y en los arrepentimientos, a montarse en el torpe pegaso que nunca aprendió a volar, a destruirse angelicalmente en la quema de la inocencia antes de que la destrocen a la fuerza los demás y a remontarse en la brújula desconcertada de los vientos, las mareas, las musicales tempestades, los inciertos rumbos enamorados de las derivas para recuperar tantos tiempos perdidos en la negación de esa inercia hiperactiva que pone oídos sordos a las voces creativas que danzan solitarias en coros cantantes, fugitivos, resbalosos, que sólo admiten manchar páginas blancas, olvidar cualquier arreglo orquestal y fugarse con ritmo escandaloso hacia eso que llaman locuras y loqueras.

Las calles de amargura, los calvarios de heroicidades y las vías espinosas que se deben caminar tras el libro, son de antemano conocidas por lo que resulta innecesaria su descripción. Un testimonio de ello es el escueto relato de *La escritora* en la obra *Pasaporte de palabras*.

En todo caso el libro es el libro, cobra libertad, viaja despacio para abrir herrumbadas ventanas, tiene ecos extraños y mágicos que desvanecen oscuridades, se pierde en memorias frías, se congela en la indiferencia de quienes ya lo saben todo y han leído demasiado, se encuentra con asombrados ojos llenos de aperturas generosas. Resulta una costumbre que

no haya comentarios ni una crítica que fertilice su atuendo. Así se marchita lo creado en el más rotundo y redondo olvido. No se cumple lo que se da en otras culturas en la ceremonia del libro como lo describe André Maurois en su ensayo sobre Gide: "La función del autor es construir un edificio; la del lector, ocuparlo". En nuestro medio hay pocos ocupantes porque más bien pareciera que el libro se construyó en un ambiente vacío. Un teatro con montaje de tragedia o comedia al que no llegó el público pero se dio la función convertida en triste espectáculo para los fantasmas que no conocen la obligación del aplauso afirmativo o lleno de negaciones.

Lo escrito con vehemencia desmesurada lo pude haber dicho en mejor y más equilibrada forma con la lectura de dos poemas incluidos en el libro inédito *Oficio de oficios*, uno es el inicial y el segundo el último:

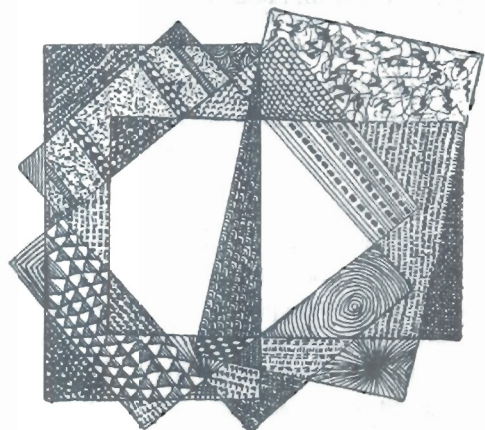
Cuando se juega con la luz
en la clarividente duda de la sombra
un acento de errores se conjuga
un espejismo de verdades se esconde
y el gusto de vivir
tiembla sudores
de abismos y constantes impotencias.
Cuando se juega con la luz
para el encuentro claro de lo oscuro
los caminos sin salida
estrujan
con inútiles pregones
que sólo escupen
la sinrazón de las razones

y la existencia cruda de nada para nada.

Cuando se juega con la luz
se afea lo bello que se toca
un tacto manoseante enaniza lo alto
y desnuda de sentido cualquier sonrisa
porque cumbres y precipicios enredan
las sorpresas amenazantes de lo insólito.

Cuando se juega con la luz
surge un ilimitado campo de tinieblas
que pierde llaves y cierra puertas
en esa eterna desolación de lo imposible
que invalida la ceguera absoluta del páramo
sembrado de ambiciones sedientas de riego.
Cuando se juega con la luz
una parálisis juguetona se asienta en las manos
mientras iluminaciones de olvidos
se extravían en rincones mentales
para enriquecer el caudal de lo recóndito
y llenar de envidia el olor de las cosechas.

Cuando se juega con la luz
todo se apaga



Ventanas sobre ventanas

nada se ilumina
 la palabra se evapora
 el rayo no brilla
 la madurez se malogra
 la flor se afea
 la velocidad se entumece
 el sol se oscurece
 la alegría se amarga
 y la pasión fatiga.
 Cuando se juega con la luz
 perder es entonces posible
 donde aparece el montaje
 de la infamia que gana prestigio
 de la envidia que se honra
 de la dignidad que se archiva
 de la tontería que se aplaude
 de lo mediocre que se viste de ex-
 celencia.
 El oficio de los oficios
 glorifica horas muertas
 en el vacío de lo absurdo.

Y el segundo:

El destino
 si resulta fiel a tu tiempo y lugar
 leal a tu derrame de amor
 congruente con tu pensar y hacer
 noble en propósitos e ideales
 generoso en trabajos y logros
 abre puertas a horas felices
 en que cualquier oficio satisface
 en su jornada temporal y limitada
 sin pretender realces ni glorias
 menos renombre y fama
 porque en construir habilitar

iluminar inspirar
 ejemplificar y enseñar
 mora el placer de la vida.
 No hay más salida
 que el oficio el buen oficio
 acorde con tu pasión
 y estilo de ser
 sin afanes utilitarios
 salvo los legítimos de los artesa-
 nos
 y el justo deber de ganarse el sus-
 tento.
 El espejo que reconoce al acierto
 de un hacer constante y heroico
 en que no se escatiman esfuerzos
 está en tu iluminación interna
 que conforta legítimas autentici-
 dades
 aunque se tropiece con adjetivos
 inútiles
 que acostumbra calificar
 modas o bagatelas
 de poca monta y mucho apego
 a líneas ya definidas.
 El romper con hábitos costum-
 bres
 tradiciones ritos
 y amaneramientos triunfadores
 enseña una insegura ruta
 en la cuerda floja del acierto
 que apunta al ridículo caricatu-
 resco
 o al descubrimiento de una nue-
 va veta
 en la aventura de un oficio arries-

gado.
 La conformidad no existe
 en la rebeldía crónica
 creadora de oficios
 en que se persigue el viento
 para crear el vendaval.
 De todo eso se ha hablado
 en estas páginas que un día
 estuvieron blancas y vacías.
 Si las llené con solidez
 y algún destello de belleza
 que algún indicio quede de ellas.
 Si así no lo hice
 que cualquier creencia me conde-
 ne
 y mi pedazo íntimo de tierra
 me expulse para siempre
 y me prohíba ejercer
 el oficio de los oficios
 en el nombre elemental de la iner-
 cia.

Y ahora sí para terminar digo
 que el espacio de la poesía para
 los presentes que no se han dor-
 mido aún y los ausentes que cavi-
 lan en un parque por construir, es
 ambición y sueño de un verdade-
 ro oficio que agota muchas vidas,
 en que incluyo la de ustedes y la
 mía ya tan andada en los jardines
 donde aúlla el jilguero, llora la es-
 peranza y trina el lobo. La verdad
 es que de tenacidades sin res-
 puesta estamos hechos todos.